
SAN MIGUEL DE ALLENDE: UN ENSAYO DE GEOMETRÍA COLONIAL

JORGE F. HERNÁNDEZ
Escritor e historiador (México)



Visto de lejos, desde cierta perspectiva histórica, el mapa de México nuestra hue-llas de una geometría trazada sobre su geografía a lo largo y ancho del tiempo. Hasta la llegada de los españoles el mundo prehispánico se reflejaba sobre el mapa de Mesoamérica como una sucesión de círculos concéntricos, collares de orfebrería en piedra y flor. Quien contempla un mapa de la extensión y forma que tenía el Imperio Mexica al tiempo de la Conquista puede verificar que se trata de un círculo elongado, prolongado hacia el Sureste, como una mancha policromada sobre la más diversa geografía. De precisarse el recorrido con fechas y nombres, el observador contempla una sucesión de círculos más o menos concéntricos, correspondientes al emparrillado de producción y manufacturas, a la densidad de poblaciones o despoblamientos, a las sucesivas conquistas de los llamados aztecas y a la integración o asimilación cultural con la que extendieron sus dominios.

A la llegada de los españoles, estos círculos prehispánicos fueron reaprovechados por la Corona para la asimilación o aniquilamiento de antiguas formas. Entre la adopción y la adaptación de muchas formas de convivencia, intercambio, sobrevivencia, etc., se debate la configuración del mestizaje generalizado que nos caracteriza: sobre la cuadrícula de los tributos prehispánicos que quedaron registrados en el Códice Mendocino se estableció la importancia del sistema de alcabalas o nuevos impuestos; sobre los antiguos senderos de mensajería y comercio primitivos se trazaron los caminos ya para ruedas; encima de la planimetría espiritual de templos y lugares de oración o sacrificio se iría confeccionando la geografía espiritual de la Nueva España, los nuevos municipios espirituales y las diversas regiones de devoción particular (por un lado, los nombres santos de lugares mestizados con advocaciones cristianas y por otro, el fervor de ciertas devociones sólo

unificadas por el posterior guadalupanismo generalizado).

Es decir, sobre el amplio círculo como epicentro del Valle de Anáhuac se instaló con el Virreinato un entramado que buscaría en vectores y tangentes la transformación de la antigua geometría prehispánica, tal como sobre el trazado de la antigua Gran Tenochtitlan se asentaría la utópica ciudad renacentista llamada México, para “espanto del mundo” según Miguel de Cervantes, como una Venecia americana trazada por el propio ojo de Hernán Cortés a manos de Alonso García Bravo. Así, sobre la orfebrería del mapa prehispánico, los sucesivos gobiernos virreinales trazaron una recta hacia el Occidente que hizo vértice en Guadalajara; y en la búsqueda afanosa del oro y demás promesas de tierra dentro, se conformó otra vértice al Norte, en Zacatecas o Allende, que vendría a trazar sobre la geografía de Nueva España un inmenso triángulo México-Zacatecas-Guadalajara que, con extender las rectas de sus lados explicaba buena parte de las intenciones comerciales, territoriales o políticas de la Corona.

El triángulo Zacatecas-Guadalajara-México extendía como dos brazos abiertos, hacia el Oriente lejano y hacia la Península, dos de sus rectas por vía de los puertos de Barra de Navidad en el Pacífico y Veracruz en el Golfo de México. Más preciso aún: el éxito de mantener el puerto de Veracruz como cordón umbilical hacia la Corona llegó hasta los albores del siglo XX como una obligación inobjetable (por algo y mucho la primera línea ferroviaria que se propuso la modernidad no fue la de unir los extremos del Istmo de Tehuantepec, sino la de unir a la Ciudad de México con Veracruz); por otro lado, el éxito de mantener el brazo hacia el Oriente en Barra de Navidad desdobló el triángulo imaginario hacia el Sur (Guadalajara-Acapulco-México) de hecho abriendo así un rombo sobre la geografía de la Nueva España. Si decimos Guadalajara-Acapulco-

A la llegada de los españoles, estos círculos prehispánicos fueron reaprovechados por la Corona para la asimilación o aniquilamiento de antiguas formas

Casa de los condes de la Canal (siglo XVIII).
© Rita Villanueva.

San Miguel se generó y dinamizó como una nueva sucesión de círculos concéntricos, vista de nuevo desde esa perspectiva geométrica entorno al pasado

México, estamos implicando a Taxco y nuevamente a Veracruz en una suerte de diamante que se completa hacia el Norte con Guanajuato, Querétaro, San Miguel de Allende, San Luis Potosí, Ojuelos, los Altos, Aguascalientes.

Es materia para otras disquisiciones la discusión y revisión de cómo sucesivos proyectos nacionales han buscado el desdoblamiento y extensión de los diamantes, triángulos o círculos concéntricos de nuestra geografía, y por ende, los beneficios y mejoramientos de nuestro comercio, caminos, población, economía o política. Distintas épocas, proyectos o intereses han enfatizado el triángulo que mira hacia el Noreste por razones de explotación petrolera, gasoductos o la ebullición comercial del Golfo de México; o se han descuidado los vértices del triángulo Sureste (el Istmo, Oaxaca, Chiapas) en aras de la constante utopía de renovados proyectos o tratados hacia el Norte, la expansión hacia arriba cuyo descuido en el pasado costó la pérdida de más de la mitad del territorio.

En ese contexto es preciso e importante ubicar el papel que jugó la ubicación de San Miguel de Allende sobre la geografía novohispana en el siglo XVIII. Punto nodal en la cuadrícula que formó el trazo del triángulo Ciudad de México-Guadalajara-Zacatecas-San Miguel no se limitaba a una condición intermedia entre el comercio, caminos o economía generada entre la minería de Guanajuato-Zacatecas y la capital (o, por ende, la metrópoli peninsular), sino que además se constituyó como un asentamiento beneficiado por esa misma actividad: palacios de arquitectura civil y religiosa, poblamiento en constante ascenso y movimiento, diversidad de productos, manufacturas y cultivos revelan que la vida de San Miguel se generó y dinamizó como una nueva sucesión de círculos concéntricos, vista de nuevo desde esa perspectiva geométrica entorno al pasado.

Sobre la cuadrícula adoquinada de sus calles, sobre el mural de cuadrantes de sus respectivos patios, por encima de las cúpulas y amplios patios de sus templos y conventos, San Miguel nutría y se alimentaba a su vez de los vértices o vectores de los grandes triángulos virreinales: la oscilación de los precios de la plata, el aumento de la producción de maíz, la distancia entre la capital y las regiones al occidente o Norte del país, se reflejaban en la economía y fisonomía de San Miguel no sólo por su inevitable condición de paso o intermedio, sino por su participación directa en ese palpitar.

Aquí se asumía el derrame de la riqueza diversa de la plata en las formas de un mercado local que sostenía y se beneficiaba de las minas vecinas. Aquí se establecía el mercado en sus diversas formas de intercambio de la amplia economía agrícola y ganadera que se extendía a lo largo del Bajío y aquí también se respiraba la efervescencia comercial de todos los productos manufacturados, enseres, objetos y estramancias que poblaban las casas y comercios de incontables ciudades vecinas. De aquí se ramificaron seminarios y peregrinaciones que hermanaban la cuadrícula espiritual de la Nueva España, la planimetría parroquial, los obispados como manchas expansivas de la fe, sus limosnas y fervores. Por San Miguel pasaban los libros y las ideas que se quedaban como lecturas y tertulias que fermentarían en posteriores ideales y proyectos independentistas y por San Miguel pasarían huestes y héroes que renombrarían el carácter de su continencia o perfil.

Como una piedra en un estanque, casi en el corazón geográfico de México, San Miguel de Allende es una de las ciudades más bellas del estado de Guanajuato, en muchos sentidos emblemática de México como nación, ajena a la pujanza industrial y contaminante, afín a la prometedora empresa micro y pequeña, a la confluencia cultural, al turismo y al cruce de caminos. Sus círcu-

los concéntricos revelan que es una ciudad y un paisaje, páramos de quietud que rodean motivos de bullicio, herencia intactas de un pretérito que se hace presente a primera vista y, al mismo tiempo, una vitalidad contagiosa, de admirable sosiego entre tanta adrenalina.

Aquí se conjugan mezquites con árboles frutales, huizacheras anchas con sembrados generosos, cacto y nopal al lado de valles cultivados en parcelas. Se juntan paisajes y se confunden climas, entre montañas y colinas, manantiales ardientes y pequeños desierto de silencio. Un entrecruzamiento natural que se corresponde con las condiciones históricas y sociales que distinguen a este espacio de otros parajes mexicanos. Aquí, lugar de climas diversos, poblaciones y entrecruzamientos de caminos igual de diversos y divergentes.

Gráficamente, podría probarse la condición de San Miguel como punto de equilibrio entre las curvas de oferta y de demanda en el mercado minero, comercial o poblacional del Bajío; ideológicamente, podrían trazarse las vertientes que hicieron de esta geografía en particular un protagonista indispensable en la configuración del optimismo independentista con el que se inauguró el siglo XIX.

Lugar de intercambio, cruce y constante contraste, San Miguel en el siglo XVIII refleja en sus habitantes y en sus edificios una riqueza monumental que no corresponde a un sitio de paso, o a una ebullición de tránsito. Es un epicentro con toda proporción guardada cuyo carácter nodal sirve de vértice o gozne entre los grandes triángulos de la geometría novohispana. ☆

Centro Cultural
El Nigromante (siglo XVIII).
© Rita Villanueva.

